

—guion de propósitos antes que empeño autoerótico — los temas cardinales que juegan en el libro. Son estos: "la supremacía de la sugerencia verbal, la superioridad combatiente de los mitos de la realidad y de la acción sobre los mitos de la fantasía, como facultad mucho más económica y previsora de lo que se dice, y, por último, la afirmación de que el amor material, estimado como instintivo en las civilizaciones más insensibles y bárbaras, es lo menos material que hay en el mundo". Para explicar los estados del protagonista, Bacaris se sirve de la clásica y ortodoxa dualidad de cuerpo y alma, si bien advierte el autor que estas palabras son empleadas en la novela en sentido metafórico y provisional.

El personaje central de la novela se debate desde los comienzos de la acción novelesca entre la sugerencia que sobre él ejercen dos figuras miticas. Mab, la amada perfecta y lejana—línea escultórica, excelencia moral, firme promesa de fidelidad conyugal y de respeto a las normas sociales usaderas—, es el mito, divinizado de la fantasía. Celedonia—inqüedad, coquetería, insinuación perenne, psicología ondulante suspecta de tracciones eróticas—es la realidad, elaboradora a su vez de mitos, en incesante alternativa de travesuras, noblezas y deslealtades. Estos mitos que elabora la tosca realidad acaban por triunfar del mito perfecto de la fantasía. En vano Mab, al ver en peligro su amor, se humaniza para luchar con las mismas armas empleadas por su rival. El mito de la fantasía ha descendido a profanar sus armiños; pero el mito elaborado por la realidad es más fuerte, copioso y vario. El protagonista concibe el descabellado propósito de unir en una sola figura las cualidades que diferencian a ambas mujeres. El triunfo definitivo de Celedonia—pese a lo incompleto de sus atributos—nos advierte de la insania de aquel designio.

En el prólogo, Bacaris declaró que, según la técnica clásica del análisis psicológico en la novela, ha procedido sobre un solo personaje—Agliberto—“pues no se puede hacer”—afirma—un intento de descomposición en más de uno de los caracteres”. Aserción muy discutible, sin

duda, y quizás contradicha y superada en las propias páginas de este libro. En Agliberto, el análisis psicológico—conducido por cauces deliberadamente arbitrarios, que distan mucho de las fórmulas de verosimilitud corriente y moliente de cuño burdamente realista—se manifiesta sutilmente certeza en sus indagaciones. Mas, aun en aquellos personajes tratados de modo legendario, el afán analítico del autor alcanza resultados positivos, porque el mito cobra muchas veces notorio vigor de realidad. El fenómeno se advierte claramente en los capítulos prefinals de la novela, donde los personajes, a hurto de su creador, arrian la bandera mitica y deponen sus escarceos metafóricos para saltar—vivos, recortados y precisos—a la liza de las acciones de neta catadura humana. El autor se ve en la necesidad de volver por los fueros de la fantasía burlesca y de la tónica metafórica y discursiva en un airoso epílogo, corroboración del meollo filosófico de la novela, en la que el amor llamado físico logra desmaterializarse por obra y gracia de sútiles alquimias intelectuales.

El estilo de Bacaris, sabio en intercadenas y abandonos deliberados, muestra una opulencia desbordante de giros, imágenes y gradaciones. La captación del matiz fugitivo en el cabrilleo cromático de la luz, constituye en el autor una obsesión fecunda en microscópicas fastuosidades descriptivas. La esgrima de los conceptos anima el diálogo con digresiones metafóricas que toman un sesgo humorístico del mejor porte. La prosa, enjoyada de originales metáforas, arrastra en la alacridad de su corriente luces, aromas, suspiros y tal cual ex abrupto, intelectual, sin mezcla alguna de ponzoñoso designio.

Mauricio Bacaris se ha llevado al mundo de las sombras el secreto de un estilo que era a un tiempo saeta epigramática y perfumada nieve de liricos azahares.

Lo que he visto en Colombia

por MANUEL GONGORA ECHEÑIQUE

Abogado, publicista, con vocación siempre despierta de periodista diligente, el



Mauricio Bacaris, el malogrado escritor, cuya obra póstuma, "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia", que mereció el Premio Nacional de Literatura, acaba de publicarse

Los terribles amores de Agliberto y Celedonia

MAURICIO BACARISSE Y LA GLORIA POSTUMA

La muerte le cerró los ojos cuando el laureo triunfal llegaba a coronar las arduas jornadas de su esfuerzo. El Premio Nacional de Literatura, otorgado a Bacaris por su novela "Los terribles amores de Agliberto y Celedonia", ha sido gloria póstuma para este poeta inclaudicable, quijote del arte nuevo, gran señor del gusto y de la originalidad. Entre los escritores de treinta y cinco años —la edad del logro pujante y del sendero definitivo—, Bacaris figuraba en las avanzadas, atento el oído a la voz de los propios adentros y vigilante la mirada en evitación del estéril dispendio en malabarismos verbales. Disciplinado y altanero, el poeta había logrado dividir su vida en dos compartimientos estancos. A un lado, el ordenamiento de su porvenir económico y social; al otro, sus libérrimas actividades literarias. Inspector de una Sociedad de Seguros, catedrático después, a sus Seguros vuelve, como medio el más factible de fomentar una posición de holgura. Su vida de escritor quedaba así desligada y automanumitida de toda servidumbre profesional que pudiera comprometer el libre juego de sus estímulos estéticos.

Al poeta, que poco después de los veinte años se revela con fuerte originalidad en sus versos agraces, y que más tarde habrá de alcanzar cimas de perfección en la misma ruta, sucede el novelista de complejas perspectivas, ampliamente dotado de medios expresivos, como resultado de sus ejercicios anteriores. El vuelo de su pensamiento y sus atesoramientos de cultura hallan un tamiz precioso en su sensibilidad henchida de gracias inéditas. El traductor de Sófocles y de Verlaine hubo de manifestarse con un acento personalísimo en sus primeros ensayos en prosa. Algunas novelas breves señalaban ya la próxima magnificencia del fruto maduro. Y esta novela laureada que, un año después de la muerte de su autor, se viste por vez primera con letras de molde, da testimonio irrefragable de una plenitud jugosa y exquisita, que, por desgracia, quedó cercenada en los albores triunfales de su espléndida granazón.

"Los terribles amores de Agliberto y Celedonia" es una de las más logradas manifestaciones del arte moderno de novelar. El autor explica en el prefacio